

¿Cómo volverá Cristo a Europa?

Nelson Medina, O.P.

Cristianos Confinados a la Irrelevancia

Bueno, Cristo no se ha ido de Europa: es Europa, o una gran parte suya, la que ha dejado a Cristo. Y la pregunta es si ese estado de cosas podrá revertirse, es decir, si veremos un cristianismo socialmente reconocido y floreciente en el continente europeo.

Los indicadores actuales son menos que aceptables: desde el laicismo crispado de los franceses --o de la Francia en el gobierno-- hasta el paganismo entusiasta de la Escandinavia, pasando por los hielos del racionalismo inglés y la indiferencia de la nación alemana. Parece que la tácita consigna fuera que ser más europeo es ser menos cristiano. A lo sumo, es de recibo un cristianismo "menor," algo que no haga mucho estorbo y que sirva para darle un poco de sal a una conversación de salón. Lo cristiano es una anécdota, es una novela medieval, es una película sobre la Inquisición (nunca acabarán), es una catedral impávida, espectadora muda de una ciudad que a su vez la tolera en razón del turismo que atrae.

Y si quedan grupos --grupúsculos-- de cristianos entusiastas, existe ya un rápido diccionario para descalificar lo que pretendan. Si aplauden y alaban a Dios, son fanáticos pentecostalistas; si defienden la vida del embrión y se manifiestan en defensa de la familia tradicional, son fundamentalistas católicos; si predicán con fervor, son ilusos; si invitan a la oración, son por decir lo menos unos ignorantes, que desconocen los últimos avances de la meditación, el yoga, el channelling, y todo lo de hoy.

El cristiano, no cualquiera, sino el que quiera hacer visible su fe, es prontamente maniatado y relegado a la irrelevancia. Proceso que se realiza sumariamente, ágilmente, como cosa ya sabida y caso ya resuelto: "¡Ah, tú eres de tal grupo! Mira, tu lugar y tu casilla son estos: vete a tu rincón y procura no fastidiarnos."

Teóricamente es posible salirse de ese corral. Es posible, por ejemplo, hacer una ONG. Callar todo el mensaje y explicar de la manera más convincente posible que uno no está predicando nada, que uno va a ayudar por igual a todos, que toda la ayuda será invertida en bienes y servicios comprobables y certificables por terceros. Si tienes éxito en demostrar que Cristo importa tan poquito que casi podría no estar, y que en realidad tú haces las cosas por amor a la gente y no por una motivación "sobrenatural," entonces tu ONG recibe dinero y es socialmente viable.

Así que los tiempos no son los mejores para el cristianismo.

El Islam a las Puertas

Yo me acuerdo de un libro de Vittorio Messori en que se pregunta por el papel de Islam en la historia; algo así como "¿por qué Dios permitió que existiera el Islam?" Y su respuesta, dicha de modo simplísimo, es: a modo de acicate, de desafío. Hay mucho que criticar a Messori, pero quizá los hechos le estén dando la razón, después de todo.

Frente a una amenaza musulmana compacta y vigorosa, Europa no puede negar estas tres cosas:

(1) Hay una motivación religiosa detrás de los ataques de Al Qaeda, y los cargos de que se imputa a Europa son, ante todo, su cristianismo, así la misma Europa pretenda verse y presentarse como imparcial y aséptica a lo religioso.

(2) El arrojo de los atacantes, que es fácil calificar de demencia o de fanatismo, tiene también un motivo religioso. Es gente que está dispuesta a morir por algo. Europa carece de ese caudal de locura o de amor, según se mire. En todo caso, la Historia muestra que, sin la capacidad de morir por lo que uno cree, uno se vuelve cobarde, y las guerras las pierden los cobardes.

(3) En el supuesto de un cese de hostilidades del lado musulmán, ¿qué queda en Europa? ¿No es el asco, no es el hastío, no son el egoísmo refinado y la soledad más yerta quienes parecen extenderse por doquier? ¿Es entonces tan sencillo decir que del Mediterráneo hacia abajo empiezan la barbarie y el fanatismo y que de esa frontera hacia arriba están la racionalidad y el paraíso?

Todo eso no significa que Europa vaya a buscar los templos y se apreste a oír a los predicadores cristianos. Yo no esperarí­a jornadas intensas de confesiones ni largas vigili­as ante el Santí­simo, aunque quizá ello serí­a lo más sano y saludable para todos. Simplemente anoto que la amenaza musulmana probablemente terminará reviviendo las preguntas, las preguntas hondas sobre el sentido de la vida y el modelo de la sociedad. Y es un favor que habrá que agradecer a los devotos de Alá, porque revivir las preguntas es no dar por hechas las respuestas. Y el hecho parece ser que una sociedad tecnológicamente avanzada y económicamente exitosa termina durmiendo sobre sus éxitos, a precio de silenciar las cuestiones hondas y vitales.

Fogatas de fe

En otro sentido, encontramos las que podrí­amos llamar "fogatas de fe," es decir, los grupos tipo renovaci­on carismática, camino neocatecumenal, o en general aquellos que han nacido al calor de un movimiento eclesial. Sus características son reconocibles en medio de las explicables diferencias: fe explícita, moral clara, celebraci­on litúrgica viva, acci­on social o eclesial definida, una nueva valoraci­on de lo comunitario y el cara-a-cara.

Se les ha criticado con rabia, dentro y fuera de la Iglesia Católica, y quizá esa sea la seña­l más clara de que algo interesante está sucediendo en estas "fogatas." Con todo, yo tampoco esperarí­a que la red de fogatas llegara a producir un cambio en el clima social con respecto a la religi­on. La raz­on es que una "fogata" sufre pero también aprovecha la sensaci­on de ser minoría, porque el ser minoría te da un cierto sabor de haber sido elegido, de ser distinto, y eso va unido a otros sentimientos que pueden incluso darse, como sentirse mejor que otros, o tener derecho a condenar al mundo, y así sucesivamente. No es muy cristiano, pero sucede. Además, ser minoría hace que tu pequeña comunidad o grupo se convierta en un refugio emocional o incluso en un escape.

No niego las virtualidades y posibilidades de las fogatas de fe, que en muchos casos son los ú­nicos que nos está sosteniendo a la mayor parte de quienes somos creyentes y evangelizadores en Europa, pero precisamente por su valor intrínseco es deber nuestro mirar qué pueden y qué no pueden; qué están haciendo y qué están preparando para que suceda más adelante. Por ejemplo, si parte del éxi­to de las fogatas de fe viene del sentimiento de ser pocos y

elegidos, es claro que esta motivación declinará a medida que haya un cierto éxito. Aún más: es posible que toda la afinada capacidad de crítica hacia el mundo se vuelva después agria crítica hacia la propia comunidad o hacia la Iglesia. Esto podría explicar la gente que queda "vacunada" de la Renovación Carismática, por ejemplo, una vez que comprueban que, como era natural, no hay sólo santidad en las comunidades que alaban con gozo a Jesucristo.

Aun con esos reparos, hay que decir que los movimientos eclesiales están brindando a Europa algo irremplazable. Si bien ellos no serán "la" solución ni cabe esperar una Europa con millones y millones de fogatas, sí es verdad que en esas fogatas se cocina algo que va más allá de los movimientos mismos. Los renovadores de la fe, en Europa y el mundo; los nuevos fundadores y los nuevos sacerdotes muy probablemente habrán pasado por la experiencia imborrable y grata de haber sido alimentados y tenidos en cuenta como seres únicos y amados en alguna "fogata de fe."

¿Y la Iglesia "de siempre"?

Junto a las "fogatas de fe" coexiste la Iglesia "de siempre," la del bautismo del sobrino y el matrimonio de la prima; la del funeral de la abuelita y la misa del domingo. Esa no se ha acabado. Parece languidecer y quedarse sólo con los adultos muy mayores, pero de hecho reúne muchas veces más personas que todos los movimientos eclesiales juntos. Además, es la primera referencia, buena o mala, de "cristianismo" que tiene existencia social como tal. Es la iglesia también más directamente relacionada con la jerarquía eclesiástica, y por tanto, la que "pone la cara" cada vez que algún monseñor dice algo o declara algo.

También en la Iglesia "de siempre" veo yo las obras educativas regentadas por comunidades religiosas. Incluso la vida religiosa como tal, en otro tiempo más equiparable a los actuales movimientos eclesiales, hoy está más en la orilla de "lo establecido," simplemente porque ya está muy inserta en el conjunto del tejido social y tiene que responder ante las instancias del Estado, como decir el ministerio de educación para el caso de los colegios. El hecho es que los servicios que la vida religiosa ofreció un día como vanguardia en la caridad han pasado mayormente a control y presupuesto del Estado y por tanto son leídos

ahora no como expresiones de benevolencia sino como obligaciones de un aparato social que puede usar o no unos funcionarios que serían los religiosos.

El cuadro, sin embargo, no es tan simple, si se piensa, por ejemplo, en las implicaciones de la enseñanza de la religión. La razón por la que hay polémica en este punto creo yo que es que la clase de religión es la intersección misma entre lo mínimo que los cristianos pueden pedir al Estado para existir socialmente en las nuevas generaciones y lo máximo que el Estado está dispuesto a conceder a un grupo particular de sus ciudadanos. Lo cierto del caso es que, por lo menos si se mira a países como Inglaterra o Alemania, la batalla parece perdida, en el sentido de que parece que poco puede esperarse de fuerza evangelizadora de la clase de religión entendida en los parámetros de un Estado fervorosamente aconfesional.

Esto dicho, sin embargo, pienso que nadie debe desestimar las sorpresas que vengan de la Iglesia "de siempre." Y en todo caso, dígase lo que se quiera de las parroquias, la Iglesia Católica no tendrá otro modo real de presencia en el 80% o más de los lugares si no es a través de sus párrocos y sus parroquias. Cosa que nos hace recordar el proceso que vivió el catolicismo en torno al Concilio de Trento. En aquella época, a lo doctrinal y teológico, como las cuestiones sobre la esencia de la justificación, vino luego lo litúrgico y lo pastoral. Pero entre lo uno y lo otro, santos con la visión profética de Felipe Neri o con la visión amplísima de Carlos Borromeo percibieron que hacía falta cuidar el eslabón clave: el sacerdote. Después de ellos, otros grandes, en Italia y sobre todo en Francia, dejarían su huella en el camino de renovación de la Iglesia: Vicente de Paul, Olier, Eudes...

Una Asomada al Futuro

Creo que aquella historia se dará en nuestros días también. Me explico: el proceso, como lo imagino, tendrá varias fases. Reflexionando y orando he pensado que quienes hoy vivimos apenas veremos algo de la primera. La secuencia quizá será esta:

(1) El proceso de descristianización o secularización avanzará. Algunas de las fogatas de fe se afianzarán y poco a poco la Iglesia joven irá dando un vuelco, a veces agresivo, hacia las posiciones conservadoras, simplemente porque la

mayor parte de las vocaciones vendrán de experiencias de fe en las que la conversión moral ha tenido un peso específico grande. Entre tanto, el decrecimiento de la población joven, el aumento de la inmigración, las tensiones raciales y tendencias xenofóbicas avanzarán en paralelo con nuevas amenazas de parte de los grupos terroristas. No creo, sin embargo, que haya que suponer victorias del Islam más allá de lo simbólico o emblemático; es decir, no pienso en ningún gobierno fundamentalista islámico gobernando en el Occidente europeo.

(2) Si la Iglesia aprobara la ordenación de hombres casados o si se perpetuara en el interior de la academia teológica la discusión sobre la ordenación de mujeres, se retrasaría mucho la nueva oleada de sacerdotes, que vendrán, como ya se dijo, con tendencias de cuño más conservador que el promedio actual. Sin embargo, los claros precedentes que ha dejado Juan Pablo II hacen muy difícil que esas hipótesis se presenten, de modo que la discusión de tales temas irá quedando relegada a una curiosidad de tertulias entre gente mayor. Será el tiempo de ir viendo cómo surgen ya no "fogatas" sino como "islotés," algunos de los cuales serán herederos de los actuales experimentos eclesiales (Comunidad Emmanuel, León de Judá, Foyer de Charité). Los movimientos como tales irán declinando en su componente laical-horizontal, especialmente a causa de la desaparición de las figuras carismáticas iniciales (Kiko Argüello, Mons. Luigi Giusani, por ejemplo). Tales "islotés," con todo su impacto social, se verán primero en los Estados Unidos y detrás de su ejemplo, en Europa. El éxito de este modo de vivir la fe, que implicará parroquias asociadas o pequeños poblados enteros, dependerá de su capacidad de lanzar políticos coherentes con estos principios, no para discutirlos ante los grandes parlamentos (como hoy se hace con lo del aborto, por dar un ejemplo), sino para defender su viabilidad y custodiar su realización en los islotés respectivos. Aunque imagino este proceso casi simultáneo en Europa, supongo que los primeros países implicados serán Italia, Francia, España y Alemania, quizá en ese orden.

(3) Vendrá entonces una gran renovación de las Comunidades Religiosas, aunque ciertamente muchas ya habrán dejado de existir (estamos hablando de unos 50-80 años adelante). Una cierta primavera para el franciscanismo habrá acompañado la fase anterior, la (2), aunque sin demasiado protagonismo. Los dominicos creceremos paulatinamente, sin mayor sobresalto y sin mayor relieve. El panorama cambiará a medida que se haga necesario comprender y dirigir los procesos nuevos de esos "islotés." Para entonces la Compañía de

Jesús habrá desechado la mayor parte de los experimentos pastorales y teológicos con que hoy se le asocia y bajo liderazgo entusiasta de algún mediterráneo, probablemente un español, tendrá un crecimiento cuantitativo y cualitativo asombroso. De aquí a unos cien años por primera vez la Iglesia sentirá que, como conjunto, está en mejor condición de lo que fue el siglo XX.

(4) La globalización, para aquel entonces, habrá completado su primer gran ciclo y el mundo será presentado de manera sumamente unificada en los estudios iniciales de chicos y chicas. La Orden Benedictina florecerá especialmente en aquel tiempo y las vocaciones contemplativas conocerán horas sorprendentes. Por primera vez habrá la sensación de que el Evangelio realmente avanza en Asia y ello despertará también una oleada de vocaciones, esta vez en Europa, como no se la veía desde hacía muchos siglos. Es posible que a finales de ese siglo XXII el ecumenismo entre en una fase sin antecedentes y se llegue casi a palpar la unidad de los cristianos, aunque de la fecha probable de esto último no estoy seguro.

+